

Donde está el Amor, allí está Dios

Vivía en la ciudad un zapatero llamado 'Martín Avdieitch', quien habitaba en un sótano una pieza alumbrada por una ventana. La ventana daba a la calle y por ella se veía pasar a la gente; y aunque sólo se distinguían los pies de los transeúntes, Martín reconocía por el calzado a cuantos cruzaban por allí. Viejo y acreditado en su oficio, era raro que hubiese en la ciudad un par de zapatos que no pasara una o dos veces por su casa, ya para remendarlos con disimuladas piezas, ya para ponerles medias suelas o nuevos tacones. Por esa razón veía él con mucha, a través de su ventana, la obra de sus manos.

Martín siempre tenía encargos de sobra, porque trabajaba con limpieza, sus materiales eran buenos, no cobraba caro y entregaba la labor confiada a su habilidad el día convenido. Por esa razón era estimado de todos y jamás faltó el trabajo en su taller.

En todas las ocasiones demostró Martín ser un buen hombre; empero, al acercarse a la vejez, comenzó a pensar más que nunca en su alma y en aproximarse a Dios. Cuando aún trabajaba en casa de un patrón, murió su esposa dejándole un hijo de tres años. De los que antes Dios le enviara todos habían muerto.

Muy pronto, al verse solo con su pequeño hijo, pensó en enviarlo al campo a casa de su hermano, pero se dijo:

— Va a serle muy duro a mi Kapitochka vivir entre extraños; de modo que se quedará conmigo.

Y Avdieitch se despidió de su patrón y se estableció por su cuenta, teniendo consigo a su pequeñuelo. Pero Dios no bendijo en sus hijos a Martín, y cuando el último comenzaba a crecer y a ayudar a su padre, cayó enfermo y al cabo de una semana falleció.

Martín enterró a su hijo y aquella pérdida caló tan hondo en su corazón que hasta llegó a murmurar de la justicia divina. Se sentía tan desgraciado que con frecuencia pedía al Señor que le quitase la vida, reprochándole no haberle llevado a él, que era viejo, en lugar de su tan adorado hijo único. Hasta dejó de frecuentar la iglesia.

Pero he aquí que un día, hacia la Pascua de Pentecostés, llegó a casa de Avdieitch un paisano suyo que desde hacía ocho años recorría el mundo como peregrino. Hablaron y Martín se quejó amargamente de sus desgracias.

— He perdido hasta el deseo de vivir, decía; sólo pido la muerte, y es todo lo que imploro de Dios, porque no tengo ilusión alguna en la vida.

El viejo le respondió:

— Haces mal en hablar de esa manera, Martín. No debe el hombre juzgar lo que Dios ha hecho, porque sus móviles están muy por encima de nuestra inteligencia. Él ha decidido que tu hijo muriese y que tú vivas, luego debe ser así y tu desesperación viene de que quieres vivir para ti, para tu propia felicidad.

— ¿Y para qué se vive si no para eso?, preguntó Avdieitch.

— Hay que vivir por Dios y para Dios, repuso el viejo. Él es quien da la vida y para Él debes vivir. Cuando empieces a vivir para Él no tendrás penas y todo lo sufrirás pacientemente.

Martín guardó silencio un instante y después replicó:

— ¿Y cómo se vive para Dios?

— Ya lo dijo Cristo. ¿Sabes leer? Pues compra el *Evangelio* y ahí lo aprenderás. Ya verás como en el libro santo encuentras respuesta a todo cuanto preguntes.

Esas palabras hallaron eco en el corazón de Martín, quien fue aquel mismo día a comprar un *Nuevo Testamento*, impreso en gruesos caracteres, y se puso a leerlo.

El zapatero se proponía leer solamente en los días festivos, pero una vez que hubo comenzado sintió en el alma tal consuelo que adquirió la costumbre de leer todos los días algunas páginas. A veces se enfrascaba de tal modo en la lectura que se consumía todo el petróleo de la lámpara sin que se decidiera a soltar el libro santo.

Así, pues, leía en él todas las noches; y cuanto más avanzaba en la lectura, más clara cuenta se daba de lo que Dios quería de él y de cómo hay que vivir para Dios, y con ello iba penetrando dulcemente la alegría en su alma.

Antes, cuando se iba a acostar, suspiraba y gemía evocando el recuerdo de su hijo; ahora se contentaba con decir:

— ¡Gloria a Ti! ¡Gloria a Ti, Señor! Esa ha sido Tu Voluntad.

A partir de entonces la vida de Avdieitch cambió por completo. Antes se le ocurría en los días de fiesta entrar en el *traktir*¹ a beber té y a veces un vaso de vodka. En otras ocasiones comenzaba a beber con un amigo, llegando a salir del *traktir* no ebrio pero sí un poco alegre, lo que lo movía a decir simplezas y hasta a insultar a los que halaba en su camino.

Todo eso se modificó. Su vida se deslizaba ahora apacible y dichosa. Con las primeras luces del alba se ponía al trabajo y, terminada su tarea, descolgaba su lámpara, la ponía sobre la mesa, sacaba el libro del estante, lo abría y comenzaba a leer, y mientras más leía más iba comprendiendo y una dulce serenidad invadía poco a poco su alma.

Una vez le ocurrió que estuvo leyendo hasta más tarde que de costumbre. Había llegado al *Evangelio según San Lucas* y vio en capítulo VIU los versículos siguientes:

“Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa, ni aun la túnica le niegues.

“A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no pidas que te lo devuelva.

“Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos”.

Después leyó los versículos en los que el Señor dice:

“¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?

“Todo aquel que viene a mí, y oye mis palabras y las pone práctica, os indicaré a quién es semejante.

¹ Especie de café-bar.

“Semejante es al hombre que al edificar una casa, cavó y ahondó y puso el fundamento sobre la roca; y cuando vino una inundación, el río dio con ímpetu contra aquella casa, pero no la pudo mover, porque estaba fundada sobre la roca.

“Mas el que oyó y no puso en práctica mis palabras, semejante es al hombre que edificó sobre tierra, sin fundamento; contra la cual el río dio con ímpetu y luego cayó, y fue grande la ruina de aquella casa”.

Martín leyó estas palabras y su corazón fue penetrado de alegría. Se quitó las gafas, las dejó sobre el libro, apoyó los codos sobre la mesa y se quedó pensativo. Comparó sus propios actos con esas palabras y dijo:

— ¿Estará mi casa fundada sobre roca o sobre arena? Bien estaría si fuera sobre roca. ¡Qué feliz se siente uno cuando se encuentra a solas con su conciencia y ha procedido como Dios manda! En cambio, cuando uno se distrae de Dios, puede volver a incurrir en el pecado. De todos modos, he de seguir como hasta aquí, porque esto es bueno. ¡Dios me ampare!

Después de haber así pensado, quiso acostarse; pero le apenaba mucho dejar el libro de la mano y comenzó a leer el capítulo séptimo. Allí leyó la historia del centurión y del hijo de la viuda y la respuesta de Jesús a los discípulos de San Juan. Llegó al pasaje en el que el rico fariseo invita a su casa al Señor, cómo la pecadora le ungió los pies y se los lavó con sus lágrimas y cómo le fueron perdonados sus pecados. Luego, en el versículo cuarenta y cuatro, leyó:

“Y vuelto a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para mis pies; más ella regó mis pies con lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos.

“No ungiste mi cabeza con aceite; mas ella ha ungido con perfume mis pies.

Leyó este versículo y pensó:

Tu no me has dado agua para los pies, no me has dado el ósculo de la paz, no has ungido con aceite mi cabeza”.

Y Martín, quitándose de nuevo las gafas, dejó el libro y volvió a reflexionar.

“Sin duda - se decía - era yo como aquel fariseo. Yo también he pensado únicamente en mí. Con tal de que yo bebiese té, que tuviese fuego y que no careciese de nada, casi no me acordaba del convidado. Sólo pensaba en mí y nada en

el huésped; y, sin embargo, ¿quién era el convidado? ¡El Señor en persona! Si hubiese venido a mi casa ¿hubiera procedido de esa manera?”.

Y Martín, apoyando los codos sobre la mesa, dejó caer sobre las manos la cabeza y, sin darse cuenta, se quedó dormido.

— ¡Martín! – dijo de pronto una voz a su oído.

Martín se despertó sobresaltado.

— ¿Quién está allí?

Se incorporó, miró hacia la puerta y, no viendo a nadie, volvió a dormirse.

Pero en el acto oyó estas palabras:

— ¡Martín! ¡Eh, Martín! Mira mañana a la calle, que yo vendré a verte.

El zapatero, lleno de estupor, se levantó de la silla y se frotó los ojos. Él mismo no sabía si aquellas palabras las había oído en sueños o en realidad.

Al fin apagó la lámpara y se acostó.

Al día siguiente, antes de la aurora, se levantó, rezó su acostumbrada plegaria, encendió su estufa y se puso a cocer su sopa y su *kasha*², puso a hervir el agua de su samovar³, se puso el mandil y se sentó al pie de la ventana para comenzar su tarea cotidiana.

Mientras trabajaba no podía apartar de su imaginación lo que la víspera le había sucedido y no sabía qué pensar. Tanto le parecía que había sido juguete de una ilusión, tanto que en realidad le habían hablado.

— Esas cosas suceden en la vida – se dijo.

Martín siguió trabajando y de vez en cuando miraba por la ventana, y cuando pasaba alguien cuyas botas no conocía, se inclinaba para ver no sólo los pies, sino la cara del desconocido.

² Sopa seca de cereales.

³ Especie de tetera rusa.

Pasó un *dvornik*⁴ con botas de fieltro nuevas, luego un aguador, después un viejo soldado de los tiempos de Nikolai, calzado con botas tan viejas como él, ya recompuestas, y provisto de una larga pala.

Se llamaba el soldado ‘Stepanitch’ y vivía en casa de un comerciante de la vecindad que lo había recogido en consideración a sus años y a su extrema pobreza, y por darle alguna ocupación compatible con su edad le había encargado de auxiliar al portero.

El viejo soldado se puso a quitar la nieve ante la ventana de Martín. Esto lo miró y continuó su tarea.

— Soy un necio por pensar de este modo – se dijo el zapatero burlándose de sí mismo Es Stepanitch quien quita la nieve y yo me figuro que es Cristo que viene a verme. En verdad estoy desvariando, imbécil de mí.

Sin embargo, al cabo de otros diez minutos, miró de nuevo por la ventana y vio a Stepanitch que, dejando apoyada la pala contra la pared, descansaba y trataba de calentarse.

— Es muy viejo ese pobre hombre – se dijo Martín. Se ve que ya no tiene fuerzas ni para quitar la nieve; tal vez le convendría tomar una taza de té y justamente tengo aquí mi samovar que va a apagarse.

Al decir esto clavó la lezna en el banquillo, se levantó, puso el samovar sobre la mesa, vertió agua en la tetera y dio unos golpecitos en la ventana. Stepanitch se volteó, acercándose a donde le llamaban; el zapatero hizo una seña y fue a abrir la puerta.

— Ven a calentarte, le dijo – debes tener frío.

— ¡Dios nos ampare! Ya lo creo; me duelen los huesos – respondió Stepanitch.

El viejo entró, sacudió la nieve de sus pies por temer a manchar el piso y sus piernas vacilaron.

No te molestes en limpiarte las botas; yo barreré eso luego; no tiene importancia. Ven, pues, a sentarte – dijo Martín – y toma un poco de té.

⁴ Portero.

Llenó dos vasos de infusión hirviente y alargó uno a su huésped; después puso el suyo en el plato y comenzó a soplar para enfriarlo.

Stepanitch bebió, volvió en vaso boca abajo, colocó encima el azúcar sobrante y dio las gracias, pero se adivinaba que con gusto habría bebido otro vaso.

— Toma más – dijo Martín, llenando de nuevo los dos vasos.

Mientras bebía, el zapatero continuaba mirando hacia fuera.

— ¿Esperas a alguien? – preguntó el huésped.

— ¿Qué si espero a alguien? Vergüenza me da decir a quién espero. No sé si tengo razón o no para esperar, pero una palabra que me llegó al corazón ¿Habrá sido un sueño? No lo sé. Figúrate, buen amigo, que ayer leía el *Evangelio* de nuestro padre Jesús; y ¡cuánto sufrió cuando estuvo entre los hombres! Has oído hablar de eso, ¿verdad?

— Sí, he oído decir algo así – respondió Stepanitch - , pero nosotros los ignorantes no sabemos leer.

— Pues bien, estaba yo leyendo cómo pasó por el mundo Nuestro Señor y llegué hasta cuando él estaba en casa del fariseo y que éste no salió a su encuentro.... Leía, pues, querido amigo, esto, y luego pensé: “¿Cómo es posible no honrar del mejor modo posible a nuestro Padre Jesús? Si, por ejemplo, me decía yo, me ocurriese algo parecido, es posible que no supiera cómo honrarlo lo suficiente; y, sin embargo, el fariseo no lo recibió bien”. En esto pensaba cuando me dormí. Y en el momento de dormirme me oí llamar por mi nombre. Me levanté y la voz me pareció murmurar: “Espérame, que vendré mañana”. Y lo dijo dos veces seguidas – Pues bien ¿lo creerás? Tengo esa idea metida en la cabeza y aun cuando yo mismo me burlo de mi credulidad, sigo esperando a nuestro padre.

Stepanitch movió la cabeza sin responder. Apuró su vaso y lo dejó sobre el plato, pero Martín lo llenó de nuevo.

— Toma más – le dijo – y que te aproveche! Pienso que Él, nuestro Padre Jesús, cuando andaba por el mundo no rechazó a nadie y buscaba sobre todo a los humildes, a cuyas casas iba. Eligió a sus discípulos entre los de nuestra clase, pescadores, artesanos como nosotros. “El que se ensalce será humillado y el que se humille será ensalzado ... Me llamáis Señor – dijo – y yo os lavo los pies; el que

quiera ser el primero, debe ser el servidor de los demás Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”

Stepanitch había olvidado su té. Era un anciano sensible; escuchaba y las lágrimas corrían a lo largo de sus mejillas.

— Vamos, bebe más – le dijo Martín.

Pero Stepanitch hizo la señal de la cruz, dio las gracias, apartó el vaso y se levantó.

— Te agradezco, Martín – le dijo- que me hayas tratado de este modo, satisfaciendo al mismo tiempo mi alma y mi cuerpo.

— A tu disposición y hasta otra vez. Ten presente que me alegra mucho que me vengan a ver, dijo Martín.

Se fue Stepanitch, el zapatero acabó de tomar el té que quedaba en su vaso y volvió a sentarse junto a la ventana a trabajar.

Cose t mientras cose mira por la ventana y espera a Cristo. Sólo piensa en Él y repasa en su imaginación lo que Él hizo y lo que Él dijo.

Pasaron dos soldados, con botas de ordenanza uno y el otro con botas comunes; luego un noble con sus chanclos de goma, después un panadero con su cesta.

Y he aquí que, frente a la ventana, aparece una mujer con medias de lana y zapatos de campesina y se arrima a la pared. Martín, inclinándose, mira a través de los cristales y ve a una forastera con un niño en brazos, apoyada en el muro y volviéndole la espalda al viento. Trataba sin lograrlo de abrigar a su niño, pues nada tenía para arroparlo. Aquella mujer, a pesar del frío que reinaba, llevaba un traje de verano en bastante mal estado.

Maartín, desde la ventana, oyó al niño llorar y a su madre intentar tranquilizarlo, pero sin lograrlo.

Se levantó, abrió la puerta, salió y gritó en la escalera:

— Eh! Buena mujer, buena mujer!

La forastera lo oyó y se volvió hacia él.

— ¿Por qué te quedas a la intemperie con tu hijo? Ven a mi cuarto y podrás cuidarle mejor Por aquí, por aquí!

La mujer, sorprendida, ve a un viejo con mandil y gafas que le hace señas de que se aproxime y obedece.

Baja la escalera y entra en la habitación.

— Ven acá – dijo el anciano – y siéntate junto a la estufa. Calientate y da de mamar al pequeño.

— Es que ya no tengo leche – respondió la mujer. Es más, desde esta mañana no he probado alimento.

No obstante, la mujer dio el pecho a su pequeñuelo.

Martín volvió la cabeza, se acercó a la mesa, tomó un pan, un tazón, se acercó a la estufa, en donde hervía la sopa, y sacó un cucharón lleno de *kasha*; pero como los granos aún no se habían cocido lo suficiente, vertió solamente el caldo en el tazón y lo colocó sobre la mesa. Cortó el pan, extendió una servilleta y puso un cubierto.

— Siéntate – le dijo – y come, buena mujer. Mientras tanto, yo tendré a tu hijo. He sido padre y sé cuidar de los pequeñuelos.

La mujer hizo la señal de la cruz, se puso a la mesa y comió mientras Martín, sentado en el lecho con el niño en brazos, lo besaba para tranquilizarle. Como la criatura a pesar de todo seguía llorando, a Martín se le ocurrió amenazarle con el dedo, que alternativamente aproximaba y alejaba de los labios del niño, pero sin tocarlo, ya que su mano estaba ennegrecida por la pez y el pequeño, mirando aquello que se movía cerca de su rostro, cesó de gritar y hasta comenzó a reír, con gran contento del zapatero.

Mientras recuperaba sus fuerzas, la forastera contó quién era y de dónde venía.

— Yo – dijo – soy esposa de un soldado. Hace ocho meses que hicieron partir a mi marido y no tengo noticias de él. Vivía de mi empleo de cocinera cuando di a luz. A causa del niño no quisieron tenerme en ninguna parte y hace tres meses que

estoy sin colocación. En este tiempo he gastado cuanto tenía, me he ofrecido como nodriza pero no me han admitido, arguyendo que estoy muy delgada. Entonces fui a casa de una tendera, donde está colocada nuestra hija mayor, y allí han ofrecido colocarme. Creí que me tomarían de inmediato, pero me dijeron que vuelva la semana entrante.... La tender vive muy lejos, estoy extenuada y mi pobre pequeño también. Por fortuna mi patrona ha tenido compasión de nosotros y nos deja, por amor de Dios, dormir en su casa, Si no, no sé qué sería de mi hijo y de mí.

Martín suspiró y preguntó:

— ¿No tienes ropa de invierno?

— No. Ayer empeñé por veinte copeicas mi último mantón.

La mujer se acercó al lecho y cogió al niño. Martín se levantó y, acercándose a la pared, busco y halló un viejo abrigo.

— Toma – le dijo – es malo, pero siempre servirá para cubrirte.

La forastera miró el abrigo, miró al viejo, tomó la prenda y rompió a llorar. Martín volvió el rostro no menos conmovido, fue luego hacia su cama y sacó de debajo de ella un cofrecito; lo abrió, sacó algo de él y volvió a sentarse frente a la pobre mujer.

Ésta dijo:

— Dios te lo premie, buen hombre! Él, sin duda, me ha traído junto a tu ventana. Sin ti el niño se hubiera helado. Cuando salí hacía calor y ahora ¡qué frío! Qué buena idea te ha inspirado Dios de asomarte a la ventana y de tener compasión de nosotros!

Martín sonrió.

— En verdad, Él fue quien me inspiró esa idea – dijo. No fue por casualidad que miré por ventana.

Y le contó su sueño a la mujer, diciéndole cómo había oído una voz y cómo el Señor le había prometido venira su casa ese mismo día.

— Todo puede ocurrir – repuso la mujer, quien se levantó, tomó el viejo abrigo, envolvió en él al niño, se inclinó y dio gracias al zapatero.

— Toma en nombre de Dios – dijo éste, deslizándole en la mano una moneda de veinte copeicas. – toma esto para desempeñar tu mantón.

La mujer se santiguó; Martín hizo lo propio y luego la acompañó hasta la puerta.

La forastera se fue.

Después de haber comido la sopa, Martín regresó a su faena. Mientras manejaba la lezna no perdía de vista la ventana y, cada vez que una sombra se perfilaba, levantaba los ojos para examinar al transeúnte. Pasaban algunos a los que conocía y otros desconocidos; pero ninguno de ellos tenía nada especial.

De pronto vio detenerse, precisamente frente a su ventana, a una vendedora ambulante, una vieja que llevaba en la mano un pequeño cesto de manzanas. Quedaban pocas pues, sin duda, había ya vendido la mayor parte. Cargaba además un saco con leña que había debido recoger en los alrededores de alguna fábrica de carbón, y regresaba a su casa. Como el saco la lastimaba, quiso al parecer cambiarlo de hombro y lo dejó en el suelo, puso el cesto de manzanas sobre un poyo y comenzó a arreglar los pedazos de leña. Mientras la anciana estaba en todo ello ocupada, un rapazuelo, salido de no se sabe dónde y cubierto con una gorra hecha trizas, robó una manzana del cesto y trató de escapar; empero, la mujer se percató de ello y, volviéndose rápidamente, lo asió de una manga. El muchacho forcejeó, pero ella lo retuvo con ambas manos, jalándolo de los cabellos.

El rapazuelo gritaba y la vieja se enfurecía cada vez más. Martín, sin perder tiempo ni siquiera para clavar la lezna, la deja caer al suelo y corre a la puerta, saliendo con tal prisa que por poco rueda por la escalera y las gafas se le caen en el camino. Se precipita a la calle y encuentra a la vieja jalando todavía de los cabellos al pillete, golpeándolo sin misericordia y amenazándolo con entregarlo a un guardia.

El muchacho seguía forcejeando y negaba su delito.

— Yo no he cogido nada – gritaba – ¿por qué me pegas? Déjame!

Martín quiso separarlos. Cogió al muchacho de la mano y dijo:

— Déjalo, ancianita, perdónalo, por Dios!

— Voy a perdonarlo de modo que se acuerde hasta la próxima. Voy a llevar a la delegación a este mal viviente!

Martín suplicó de nuevo:

— Déjalo, te digo, que no lo volverá a hacer. Déjalo, en nombre de Dios!

La vieja soltó a su presa y el muchacho iba a escapar, pero Martín lo retuvo.

— Pide ahora perdón a esta anciana y en lo sucesivo no reincidas, porque yo te vi coger la manzana.

El pequeño rompió a llorar y pidió perdón entre sollozos.

— Vaya – exclamó Martín – eso está bien. Y ahora toma una manzana. Yo te la doy.

Y Martín cogió una del cesto y se la dio al muchacho.

— Voy a pagártela, buena mujer – continuó dirigiéndose a la vendedora.

— Mimas demasiado a ese granuja – dijo la vieja. Lo que le hubiera servido era sentarle las costuras de tal modo que se hubiera acordado toda la semana.

— ¿Eh? ¿Qué es eso? – exclamó el zapatero – nosotros juzgamos así, pero Dios nos juzga de otro modo. Si hubiera que azotarlo por una manzana ¿qué habría que hacer con nosotros por nuestros pecados?

La vieja guardó silencio.

Martín contó a la anciana la parábola del acreedor que perdonó la deuda y del deudor que quiso matar a quien lo había favorecido.

La vieja y el muchacho escuchaban.

— Dios nos manda perdonar – prosiguió Martín, porque de otro modo no seremos perdonados hay que perdonar a todos y, sobre todo, a los que no saben lo que hacen.

La vieja inclinó la cabeza y suspiró.

— No digo que no – murmuró la vendedora; pero hay que reconocer que los niños están muy inclinados a hacer el mal.

— Por eso a nosotros los viejos nos corresponde enseñarles a hacer el bien.

— Eso es lo que yo digo – repuso la anciana. He tenido siete hijos y sólo me queda una hija

Y la vieja se puso a referir que vivía en casa de su hija y cuántos nietos tenía.

— ¿Ves – dio – que débil soy? Pues a pesar de ello trabajo para mis nietos. ¡Son tan lindos, salen a mi encuentro con tanto cariño! Y mi Aksintka! Esa sí que no iría con nadie más que conmigo:

“¡Abuelita! – me dice – querida abuelita! ...”

Y la vieja se enterneció.

— La verdad es que lo ocurrido no ha sido más que una niñería; con que ¡vete y que Dios te proteja! – agregó dirigiéndose al chiquillo.

Pero como en aquel instante fuese la anciana a cargar de nuevo el saco sobre sus hombros, el pequeño se apresuró diciendo:

— Dámelo, viejecita, yo te lo llevaré; precisamente vas por mi camino.

Y se fueron juntos, olvidándose la vendedora de reclamar a Martín el importe de la manzana; el zapatero, al quedarse solo, los miraba alejarse y oía su conversación.

Los siguió un rato con la vista y luego volvió a su casa; encontró las gafas intactas en la escalera, recogió su lezna y puso de nuevo manos a la obra. Trabajó un poco, pero ya no había suficiente luz para coser y vio pasar al empleado que se disponía a encender los faroles.

— Tengo que encender la lámpara – se dijo.

Prepara su quinqué, lo cuelga y continúa el trabajo. Terminada la bota, la examina: está bien. Recoge sus herramientas, barre los recortes, descuelga la luz colocándola sobre la mesa y toma del estante el *Evangelio*.

Quiere abrir el tomo en la página en la que se había quedado la víspera, pero fue a dar a otra.

Al abrir el libro santo recordó su sueño del día anterior y sintió que algo se agitaba detrás de él. Volvió la cabeza y vio, o al menos se lo figuró, que había alguien en uno de los ángulos de la pieza Era gente, en efecto, pero no la veía bien. Y entonces una voz murmuró a su oído:

— ¡Martín! ¡Eh, Martín! ¿No me reconoces?

— ¿Quién eres? – preguntó el zapatero.

— ¿Soy yo! – dijo la voz - ¡Soy yo!

Y era Stepanitch quien, surgiendo del oscuro rincón, le sonreía y desaparecía, esfumándose como una nube.

— ¡Soy también yo! – dijo otra voz.

Y del rincón oscuro salió la forastera con el niño: la mujer sonrió, sonrió el niño y ambos se desvanecieron en la sombra.

— ¡También soy yo! – exclamó una tercera voz. Y surgió la vieja con el muchacho, el cual llevaba una manzana en la mano. Ambos sonrieron y se disiparon como los anteriores.

Martín sintió una suprema alegría en su corazón; hizo la señal de la cruz, se caló las gafas y leyó el *Evangelio*, en la página que estaba a la vista:

“Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me recogisteis”.

Y al final de la página:

“Lo que habéis hecho por el más pequeño de mis hermanos es a mí a quien lo habéis hecho” (San Mateo XXV).

Y Martín comprendió que su ensueño había sido un aviso del cielo y que, en efecto, el Salvador había estado aquel día en su casa y era a Él a quien había acogido.